

RECUERDO DE FRANCISCO URONDO

Sabido es cuánto tardan las naciones en reconocer los méritos de quienes combatieron en el bando de los derrotados. Sabido es que la historia la escriben los vencedores, mientras conservan ese rango. Sabido es, sin embargo, que existe la eventualidad de una verdad que desdeña esos exclusivismos y atiende a la virtud y al valor e incluso a la autenticidad y a la pasión que se ha puesto al tablero de la vida. Fue necesario un siglo para que el pueblo venezolano volviera a apropiarse de Boves; ha pasado un siglo sin que los argentinos lleguen a un acuerdo para repatriar las cenizas de Rosas.

Todo eso es sabido. Y es aceptado sin rebeldía. ~~Es~~ la vida, decimos, levantando los hombros. Mas difícil me es aceptar el silencio que desde hace meses viene rodando la muerte en la Argentina de Francisco Urondo. Silencio cargado de la incomodidad de unos, de la culpabilidad de otros y que alguien debe romper. Porque Francisco Urondo no fue asesinado por las bandas fascistas, ni desapareció de su casa, ni fue ilegalmente torturado; no, en su caso no concurre ninguna de las coartadas del espíritu liberal. Su muerte ^{pone} desnudamente ante la realidad de la guerra civil, cuya existencia hay que aceptar, gusten o no los bandos enfrentados: es el reconocimiento de una contienda fratricida con la carga suma de odio y de dolor de esos enfrentamientos.

Como dicen los partes militares, Francisco Urondo murió en el campo de batalla. Murió en acción, como integrante del ejército montonero y con él, en la misma línea de fuego, su mujer. Eso dijo el comunicado de los derrotados; los vencedores no han dicho palabra. Sé que él no es distinto de tantos otros, especialmente jóvenes, que han muerto en idénticas circunstancias últimamente, así esa abrumadora sucesión de los hijos de los ~~intelectuales~~ ^{más importantes} intelectuales y artistas/del país, inmolados unos tras otros en un modo sobrecogedor. Si hablo de él no es por prejuicio mandarinista. Por ser un escritor él fue capaz de desarrollar un pensamiento, mostrar en vilo una sensibilidad, permitirnos comprender algo de su destino. No me gusta la aclaratoria de que no compartía su línea política y en especial sus métodos, porque eso es también una coartada. Quien lo sepa bien, y quien no lo sepa, bien también.

Una ficha diría: tenía 46 años, había nacido en Buenos Aires. Era poeta, narrador, había incursionado en el ensayo y el teatro, pero con fervor había sido siempre periodista. Ya con Breves, su tercer libro de 1959, está el poeta formado, pero sólo en la década del sesenta con Nombres, Del otro lado,

Adolescer, percibimos el acento propio dentro de esa antipoesía áspera, tan-
guera, sentimental, que también cultivó Geïman y Fernández Moreno ^{entre} y otros.
Esa sí que fue una década espléndida: dos libros de narrativa, un exitoso es-
treno teatral (Sainete con variaciones), un ensayo beligerante (Veinte años
de poesía argentina), pero más que la escritura, el furor de vivir, el des-
cubrimiento de la revolución cubana, la incorporación tumultuosa al peronis-
mo de izquierda, el gran "amok" que lo llevó a la cárcel de donde el pueblo
alzado lo sacó para llevarlo a dirigir los estudios literarios de la Univer-
sidad. Por entonces, el jurado del concurso La Opinión-Sudamericana recomendó
la publicación de su novela Los pasos previos, que definió así Rodolfo Walsh:
"Una crónica tierna, capaz que dramática, de las perplejidades de nuestra
intelligentsia ante el surgimiento de las primeras luchas populares". Parece
que estuviéramos contando el modelo intelectual de los sesenta, en toda
América.

La novela se publicó en 1974 pero recién ahora la leí. Quizás por el es-
téril esfuerzo de dialogar con alguien que conocí, que vi arder, y con quien
no hablaré ya. La concluí y sin detenerme comencé a leerla otra vez. No pien-
so que sea una gran obra, pero es un documento sobre nuestras vidas que des-
de esta orilla resulta alucinante. Es simplemente la historia -fiel, real,
sumisa, cotidiana- de la incorporación del equipo intelectual latinoamerica-
no a la lucha revolucionaria en la década anterior. Su tema central es un
incesante debate, a través de cafés, teatros, conferencias, camas, garitos
clandestinos, de las razones y sinrazones del alzamiento armado. Demasiada
gente y de la mejor que teníamos se perdió en esa lucha como para que se
pueda pasar indiferente por esta historia: está excluido el torpe desdén,
pero también la exaltación romántica del héroe (salvo para los muy adoles-
centes, sea cual fuere su edad física) y por momentos, cuando uno se abando-
na emocionalmente a esta evocación, puede sentirse ~~que~~ que el solo hecho
de seguir viviendo es indecente.

Leída desde la perspectiva de la derrota de esta batalla (no de esta guerra) se altera todo su sistema de significación: se lee como el diagrama de una gran equivocación, como el comportamiento extraviado de una razón que no atinó a medir la realidad, como el pecado hijo del irrealismo cuando no del idealismo. Pero todo eso, los pro y los contra, las prevenciones del realismo y las exaltaciones de un idealismo que desciende directamente de la educación tradicional, está previsto en las páginas malrauxianas de la novela. Los diálogos del protagonista Mateo con el viejo militante Rinaldi se adelantan a nuestros argumentos. ~~Es~~ Ese joven, que es un intelectual promedio, que quiere la justicia de inmediato, que poco sabe del pueblo y menos de las teorías marxistas, que es arrastrado por su idealismo sin poder conmovér a la burguesía de la cual procede, ese hombre que duda y quiere y tiene miedo, de pronto se trasmuta en el alzado en armas sin saber cómo ni dónde, en medio de paisajes de pesadilla y es sin duda el justo y es también el cordero del sacrificio que avanza hacia ~~la~~ la fatalidad. Si no se le puede acompañar, tampoco se le puede combatir. En estos "pasos previos" muchos podrán avizorar los "pasos últimos", sin necesidad de apelar a la "crítica de las armas" que Debray opuso a su anterior "revolución en la revolución".

Pero la emoción de esa figura que avanza o es arrastrada al sacrificio quizás no sea un rezago romántico sino un ~~un~~ anticipo de una nueva solidaridad humana, la que, como el paradigma fáustico de Goethe, hasta en el error contribuye al futuro.

Angel Rama